

La iglesia románica del Santo Sepulcro de Torres del Río. Navarra

Juan José Segú Alonso

Esta comunicación versa sobre la iglesia románica del Santo Sepulcro de Torres del Río, construida en el siglo XII. Primero estudiaremos como las iglesias medievales de planta central derivan como tipo y modelo de los *heroa* y *martyrium* de la antigüedad; y analizaremos especialmente los elementos formales y simbólicos que proceden del Santo Sepulcro de Jerusalén. Después estableceremos la relación entre composición y construcción en el edificio, analizando los sistemas constructivos románicos, y también de manera singular, las cúpulas nervadas de origen hispanomusulmán.

LA IGLESIA MEDIEVAL DE PLANTA CENTRAL DERIVA COMO TIPO Y MODELO DE LOS *HEROA* Y *MARTYRIUM*

Desde la antigüedad pagana se había divinizado a sus grandes muertos, se desarrolló un culto a los héroes, los gobernantes, desde los jefes tribales hasta los reyes helenísticos y los emperadores romanos, y miembros de las familias romanas con linaje. Los lugares vinculados a sus hazañas y a sus muertes se habían señalado con *heroa*: que son construcciones que aunaban la función y las formas de los templos y santuarios con los mausoleos. En su forma más sencilla, estos *heroa* eran recintos al aire libre rematados con un nicho albergado en un edículo; en su forma más elaborada, eran construcciones cerradas: salas rectangulares provistas de ábsides, o bien rotondas cubiertas con cúpula, situadas sobre plataformas y precedidas de pórticos de columnas. (Krautheimer 1984, 36)

El Panteón de Agripa, levantado para honrar a todas las deidades del Olimpo, puede ser entendido como una síntesis de los mausoleos imperiales de Augusto y Adriano, consistentes en un túmulo en cuyo interior se encontraba la celda o capilla funeraria, y del templo griego o romano como lugar de culto a los dioses.

Fue el modelo del cual los *heroa* tomaron: la planta circular, los nichos circundantes, la cúpula celestial y un vocabulario arquitectónico. A finales del siglo III y principios del IV, los mausoleos imperiales ya no eran simples tumbas. El mausoleo de Diocleciano en Spalato (figura 1), era un templo funerario destinado a conmemorar la muerte del Emperador (Krautheimer 1984, 73). El edificio colocado sobre un pódium, es de planta octogonal al exterior y circular al interior, ocho columnas rodean la pared, dejando nichos alternativamente rectangulares y semicirculares; un segundo cuerpo de menor altura, también columnado, da paso a una cúpula hemisférica que cubre el espacio no apoyándose en las columnas. Debajo se abre una cripta y al exterior se halla rodeado por una corona de columnas, formando un porche octogonal, que en la entrada da lugar a un frente rectangular columnado, como el de un templo.

Los *heroa* y el culto a los héroes es donde se encuentra la raíz de donde surgieron los *martyria* cristianos y el culto a los mártires. Los *martyria* consistían en la tumba de un mártir, o un lugar que hubiera sido testigo de los sufrimientos de un mártir o de alguna manifestación de la Divinidad. (Krautheimer 1984, 36)

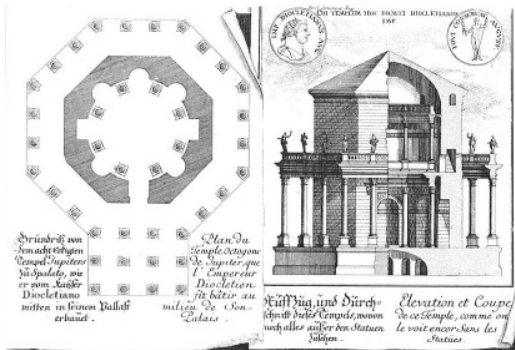


Figura 1
Planta, alzado y sección del mausoleo de Diocleciano. Spalato. (Fischer von Erlach 1788)

San Pedro de Roma, la iglesia de la Natividad de Belén y la basílica del Golgota son distintas soluciones a un problema similar: fusionar en un conjunto arquitectónico una sala de reunión para los feligreses y un volumen monumental para rememorar un martyrium. San Pedro era un cementerio cubierto, con una nave para las honras fúnebres y un baldaquino situado en el crucero que albergaba las reliquias de San Pedro y representaba su tumba. En Palestina, en cambio, se trataba de catedrales que albergaban en un caso la gruta del nacimiento de Cristo, y en el otro, el lugar de la Resurrección. El tipo de mausoleo imperial de planta central se adoptó en el núcleo de estas iglesias; el cuerpo basilical albergaba a los fieles y les conducía hacia el *heroon-martyrium*, que encerraba el testimonio de la presencia de Cristo en la tierra. (Krautheimer 1984, 73)

En la época de Constantino, los cristianos, aunque no rendían culto al emperador, mantenían el concepto de deificación. Se levantaron heroa imperiales de planta central que fueron adosados a los flancos o al pórtico de las basílicas cementeriales. El mausoleo de Santa Elena que se adosa al pórtico de la basílica de los SS. Marcelino y Pedro, y el mausoleo de Santa Constanza (figura 2), se adosa a un lateral de la basílica de Santa Inés (Krautheimer 1984, 73). Este último mausoleo, consiste en un núcleo central redondo, levantado sobre una arcada de doce pares de columnas y cubierto con una cúpula; el espacio central lo iluminan doce altos ventanales y lo circunda un deambulatorio con bóveda anular.

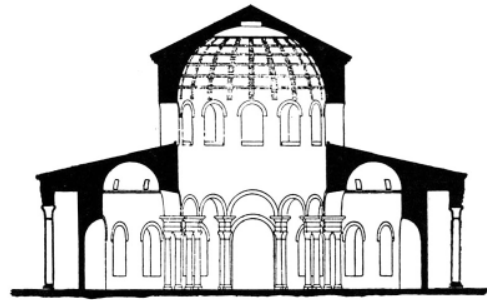


Figura 2
Sección del mausoleo de Santa Constanza. Roma. (García y Bellido 1972)

Los martyria posteriores a Constantino rehuyeron de la fusión de una estructura de planta central con un cuerpo basilical; la estructura centralizada se hizo autosuficiente, restableciéndose la tradición del *mausoleo-heroa* imperial. El modelo fue la Rotonda de la Anastasis de la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén (figura 3). Este complejo santuario mandado construir por Constantino en el siglo IV, constaba de una gran rotonda de 33,70 m de diámetro; su espacio central está circundado con un deambulatorio, con tres ábsides salientes, una tribuna situada sobre el

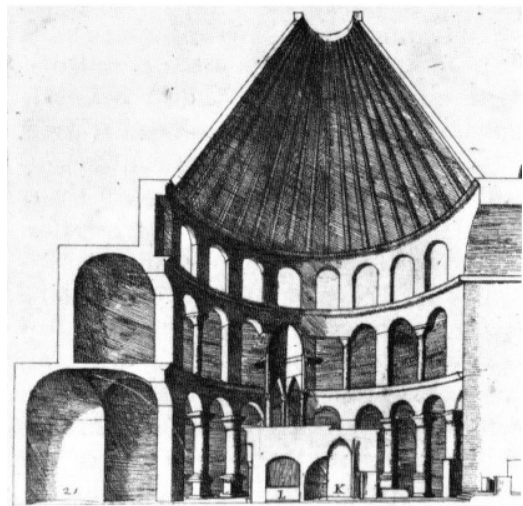


Figura 3
Jerusalén, Rotonda de la Anastasis, como era en 1609. Grabado de J. Callot. (Krautheimer 1984)

deambulatorio y finalmente sobre el cuerpo de luces una cúpula o cubierta de madera. En el centro se encontraba el sepulcro de Cristo bajo un baldaquino. (Krautheimer 1984, 85–86)

Durante el periodo medieval, la motivación principal de los viajeros era postrarse ante el sepulcro donde Cristo fue enterrado y resucitado. La basílica del Santo Sepulcro fue incendiada por los persas en el 610 d.C. y mandada derribar por el Califa Hakem en el 1009 d.C., en ambos casos los trabajos de restauración se centraron sobre todo en la Anastasis. Hasta la llegada de los cruzados todas las energías tendieron a conservar la memoria de la Resurrección, por lo cual el prestigio arquitectónico de la Rotonda no hizo nada más que aumentar. En el año 1099 los cruzados conquistan Jerusalén y realizan un vasto proyecto de reconstrucción del viejo Santuario, que va a tener una

gran importancia porque va a cambiar decisivamente la imagen de la basílica del Santo Sepulcro. Lo que se hizo básicamente fue convertir la iglesia-rotonda en una basílica longitudinal, mediante el añadido de un coro, un crucero, y un deambulatorio con tres capillas radiales a modo de ábsides. La iglesia tendrá a partir de ahora dos cúpulas y en el interior existen dos ámbitos diferenciados, un espacio principal de adoración, *la rotonda*, y una zona para los oficios religiosos (figura 4). (Ramírez 1981, 115–116)

En el siglo XIX diversos estudiosos como Violet le Duc o Lampérez, sostuvieron que las iglesias de planta central medievales se trataban de copias o evocaciones del Santo Sepulcro de Jerusalén. Tal suposición parece innegable, pero no tiene en cuenta que la interpretación formal de una planta centralizada puede remitirnos a modelos distintos del Santo Sepulcro (Ramírez 1981, 100-101).

La mezquita de la Cúpula de la Roca, levantada en el 691 d.C., es un gran edificio octogonal, con un doble deambulatorio interior, cuya parte central está cubierta con una cúpula apoyada en un tambor circular. No se trata de un simple esquema rectangular de mezquita. Se trata de un monumento que encierra la *roca*, monolito con resonancias y connotaciones para las tres religiones monoteístas. Edificio de enormes dimensiones y de gran riqueza decorativa, y dispuesto exento sobre una amplia explanada, hacía que destacase sobre el resto de los edificios de la ciudad. Testimonios cartográficos del Medioevo, nos muestran a la ciudad de Jerusalén presidida por el *Templo Domini*, y en un segundo plano el Santo Sepulcro con las dos cúpulas (figura 5). Esto hará que a lo largo de mucho tiempo la imagen urbana de Jerusalén, con el Templo de Salomón y la Basílica del Santo Sepulcro, como prototipos arquitectónicos y simbólicos, se mezclen en el imaginario occidental. (Ramírez 1981, 107–109)

En las iglesias medievales de planta central predominan los intentos de evocar idealmente la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Este significado predominante se ha contaminado desde el punto de vista formal con la imagen que ofrecía a los peregrinos el Templo Domini. La iglesia de la Vera Cruz consta de un prisma dodecágono con un deambulatorio interior, y un cuerpo central también dodecágono dividido en dos pisos, que sobresale en altura al prisma principal. Al este del polígono dodecágono se construyeron tres ábsides. La planta con deambulatorio recuerda tanto al

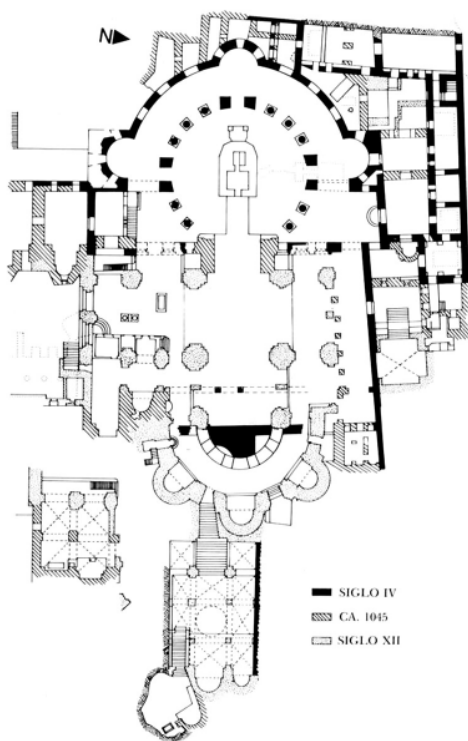


Figura 4
Jerusalén, Basílica Rotonda de la Anástasis en el Gólgota. Planta de los restos del siglo IV y construcciones posteriores. (Krautheimer 1984)



Figura 5
Fragmento de la Vista de Jerusalén grabada por Erhard Reuwich. (Ramírez 1981)

modelo del Templo Domini como a la Rotonda de la Anastasis, así como el triple ábside a las reformas que los cruzados en el Santo Sepulcro. Desde el exterior el edículo central sobre el prisma principal y la meseta castellana recordarían al volumen y situación del Templo Domini. (Ramírez 1981, 151)

La capilla de Nuestra Señora de Eunate del siglo XII (figura 6), se compone de un cuerpo central octogonal, con ábside en uno de los lados y rodeado por una arquería, pero sin enlace de aquel a esta. La capilla podría ser una réplica ideal del Templo Domini,

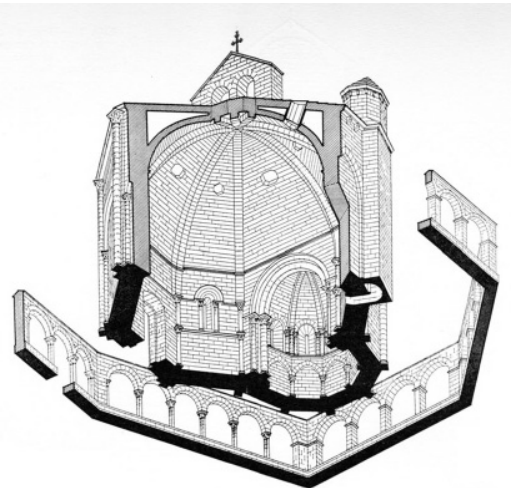


Figura 6
Iglesia de Santa María de Eunate. Perspectiva según J. Yáñez. (Uranga e Iñiguez 1973)

tanto en la forma octogonal como en su aislamiento, y los arcos exentos podrían ser una imitación directa de los pórticos existentes en el Templo de Jerusalén. (Ramírez 1981, 165)

En la iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río (figura 7), los modelos hierosolimitanos no son tan claros, esto plantea la incorporación de un nuevo punto de vista en el estudio de estas iglesias. Para Lambert, según menciona Ramírez (1981, 159), Torres del Río habría sido una capilla funeraria perteneciente a alguno de los hospitales que jalonaban el Camino de Santiago, y el remate era la linterna fúnebre o faro. Hago mía la idea de que la linterna es contemporánea del octógono principal: el mismo diseño arquitectónico con columnas en las esquinas del octógono, una tripe moldura horizontal que repite arriba la estructuración de abajo y su correspondencia con el hueco de las nervaduras interiores, demuestra que el remate fue concebido para sugerir una imagen conjunta con el octógono principal. (Ramírez 1981, 159)

¿Cuál era esta imagen? Según Ramírez (1981, 103): «Los significantes [contenidos simbólicos o emblemáticos] tienen, como sugería Focillon de *las formas*, una vida propia, una dinámica que se basa, en buena medida, en la fascinación de ciertas imágenes y lugares que quedan grabados en la conciencia colectiva con una pregnancia particular». En Torres

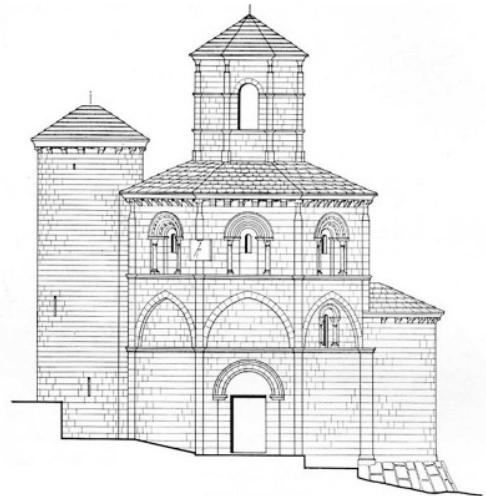


Figura 7
Iglesia de Torres del Río. Alzado Sur según J. Yáñez. (Uranga e Iñiguez 1973)

del Río la idea de evocar el Santo Sepulcro en un edificio, pudo ir unida a la imagen del baldaquino que se alzaba sobre el sepulcro de Cristo en la Rotonda, que tiene su origen en los *martyrium* más sencillos como el de San Pedro. La Iglesia se presenta como un gran baldaquino a imagen y semejanza del que hoy existe en la iglesia de San Giorgio in Velabro de Roma. Esto daría pie a hablar de aquellas arquitecturas, que dan la imagen de un edificio a un objeto y viceversa (figura 8).

En todas estas iglesias medievales, aparte de los contenidos simbólicos-arquitectónicos de los modelos hierosolimitanos, responden también a modelos occidentales que derivan del tipo de planta central desarrollada por los *heroa* imperiales.

No cabe la menor duda que la estructuración arquitectónica de la iglesia de la Vera Cruz y la capilla de Eunate tienen su origen en el mausoleo de Santa Constanza y la de la iglesia de Torres del Río en el mausoleo de Diocleciano en Spalato. Estos dos, inte-

riormente, guardan entre sí un idéntico sistema de proporciones clásico, como apuntan los autores del Catálogo Monumental de Navarra (García Gainza et al. 1983, 539): la anchura del octógono es igual a la altura total de los dos cuerpos hasta el arranque de la cúpula y esta tiene una altura igual al primer cuerpo, siendo el segundo idéntico al lado del octógono, de forma que este funciona como módulo de otras medidas. Se estable así una filiación clara con los edificios clásicos de planta central del Bajo imperio (figura 9).

Los otros elementos de la iglesia de Torres del Río, podrían ser posteriores a la idea inicial: el ábside con idéntico aparejo del cuerpo inicial, seguramente construido al mismo tiempo, se une a este exteriormente mediante unos pequeños contrafuertes



Figura 8
Iglesia de Torres del Río. Vista desde el sur. (Martínez de Aguirre y Gil Cornet 2004)

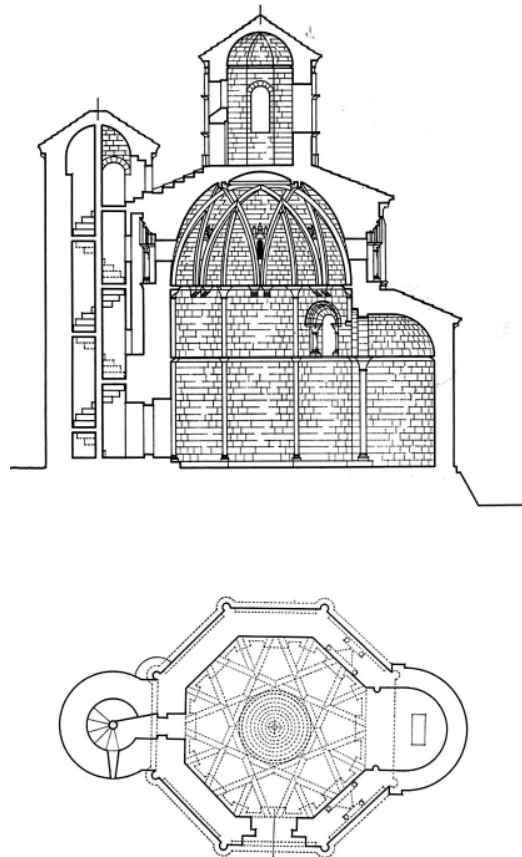


Figura 9
Iglesia de Torres del Río. Planta y sección según J. Yáñez. (Uranga e Iñiguez 1973)

que no siguen el mismo diseño; la torre-escalera obstruye la ventana de la cara del prisma en que se ha construido, pero por otra parte se ha unido perfectamente al resto del edificio, aunque no tiene el mismo aparejo. Como concluye Ramírez (1981, 160): La iglesia se nos presenta hoy como un *palimpsesto* donde las superposiciones arquitectónicas implican una suma de significados. Torres del Río pudo ser una iglesia de los caballeros templarios o de los hospitalarios edificada para recrear el Santo Sepulcro, más tarde pudo utilizarse como capilla funeraria o como iglesia parroquial, entonces la linterna habría servido de faro o campanario, con ocasión de estas transformaciones se construirían el ábside, casi seguro al principio, y la torre con escalera después.

LA RELACIÓN COMPOSICIÓN-CONSTRUCCIÓN EN LA IGLESIA ROMÁNICA DE TORRES DEL RÍO

La construcción románica

Cuando la forma de construir de los romanos no puede mantenerse a causa de la desaparición de la estructura social y económica que la hizo posible, la construcción artificialmente monolítica del *opus caementicium* que necesita de materiales en abundancia debe abandonarse; asimismo el aparejo a juntas vivas que exige un trabajo de precisión es desechado. El arte románico, con los monjes de Cluny, renace con unos nuevos procedimientos constructivos a fin de optimizar el recurso natural que tienen más a mano: la piedra. (Violet-le Duc 1858, 4; Paricio 1983, 43)

Los edificios románicos se construyen mediante morrillos, que dispuestos con mayor o menor corrección, se colocan sobre un lecho de mortero. En cambio la construcción romana, se realizaba mediante la aglomeración de casquijos, que necesitan de hiladas niveladoras y ser revestida en sus paramentos con materiales regulares. Con el sistema de morrillos tallados, el paramento es la misma piedra, de manera que las hiladas niveladoras no son necesarias siempre que se dé a los morrillos un trazado y corte correcto.

El mortero, que para los romanos era exclusivamente un material de agregación, adquiere a partir de la época románica un nuevo rol, sirve para transmitir las presiones: no es solo un material para unir, sino

ante todo, una materia plástica interpuesta entre las piedras, que sirve para regularizar la repartición de cargas entre una y otra hilada.

En la época románica, se inicia el método de colocar la piedra completamente tallada, en ninguna parte del edificio la piedra es rebajada después de su colocación. El rebajo en obra es admisible cuando los bloques se colocan a juntas vivas; en cambio en la construcción románica es una operación desastrosa porque sacude los morteros. Es conveniente evitar el rebajo una vez colocada la piedra. (Choisy 1978, 402–403).

La cúpula

Durante la época románica, las concreciones de capas horizontales que formaban las bóvedas y cúpulas antiguas se reemplazan por un aparejo de lechos convergentes, reforzados en su intradós por arcos, también de lechos convergentes.

En edificios romanos, como el ninfeo de los Horti Liciniani 253–268 d.C., de planta central como Torres del Río, se había utilizado en la cúpula costillas de refuerzo constituidas por arcos meridianos alveolares, de ladrillos bipedales, que unido a la técnica romana del hormigón, daba lugar a una cúpula de estructura reticulada, alveolar, en la que las fajas horizontales de ladrillos bipedales y las costillas meridianas, formaban el esqueleto, y el relleno de los alveolos, el plemento (figura 10). También en Santa Constanza 324–326 d.C. está implícita esta distinción entre partes activas y partes pasivas, que sería el origen de las estructuras de nervaduras. (García y Bellido 1972, 579, 697)

El arte románico se desarrolla en la península a partir de la segunda mitad del siglo XI como una importación francesa y consiste en una arquitectura de piedra. En el siglo XII y XIII con la ocupación de Toledo y de otras ciudades musulmanas puso en relación ambas culturas, de manera, que nos encontramos en los edificios románicos de estos siglos, con abundantes formas decorativas y algunas estructuras arquitectónicas cuya procedencia de la España islámica es evidente. Así lo podemos comprobar en las bóvedas nervadas de tipo cordobés de varias iglesias románicas y en las cúpulas de las catedrales de Jaca, Zamora y Salamanca, y de la Colegiata de Toro. Los maestros constructores de la España cristiana segura-

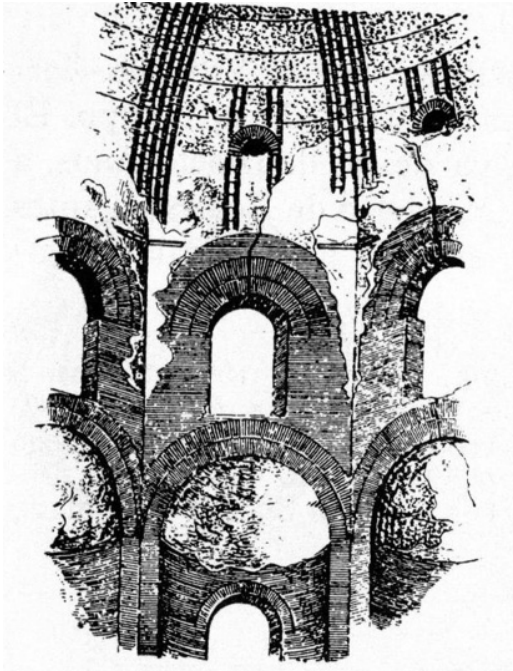


Figura 10
Ninfeo de los Horti Liciniani. Análisis de su estructura, según Durm. (García y Bellido 1972)

mente pudieron ver las iglesias mozárabes, como la Vera Cruz de Segovia y San Baudelio de Berlanga, y edificios musulmanes cubiertos con bóvedas sobre arcos o nervios de resalto, cuyos primeros ejemplares en la Península serán probablemente los realizados en el siglo X por al-Hakam al ampliar la mezquita de Córdoba. (Torres Balbas 1949, 247–249)

A este modelo de bóveda nervada pertenece la cúpula de la catedral de Jaca, de finales del siglo XI. Apoyada sobre trompas, los nervios parten de los puntos intermedios de los lados del octógono y se encuentran en la cúspide; esta disposición es claramente musulmana donde las nervaduras apoyan en el muro y no tienen una continuidad hasta el suelo. En Nuestra Señora de Eunate con idéntica forma en las nervaduras su estructuración es más románica, consistente en liberar al máximo los arcos del cuerpo de la construcción, extrayéndolos de los macizos y dándoles apoyo en unas columnitas a modo de soportes individuales.

Trazados de bóvedas con mayor complicación, como los de Torres del Río y San Miguel de Alma-

zán, tienen su prototipo en la capilla lateral del *mihrab* de la mezquita de Córdoba (figura 11) y en la bóveda central de la mezquita de la Luz en Toledo, hoy ermita del Cristo de la Cruz. Todas ellas en esquema consisten en ocho nervios que entrecruzados dejan en el centro una estrella de ocho puntas. Las cúpulas musulmanas se colocan sobre pechinas en trompa para convertir el cuadrado del recinto en octógono; los arcos de herradura apareados salen de las esquinas del octógono en Córdoba y de puntos intermedios en Toledo; la calota de la cúpula no sigue la forma de esfera descrita por las nervaduras. La cúpula de Almazán es de ocho paños sobre trompas, tiene una pequeña linterna central. La de Torres del Río es esférica sobre una planta octogonal, tiene en el centro una cupulita de la misma forma y las nervaduras parten de los puntos intermedios de los lados del octógono. (Torres Balbas 1949, 252)

En el cimbrado y la construcción de las bóvedas románicas de lechos convergentes no se temía por su derrumbamiento sino por su deformación, que con la colocación de los arcos perpiaños se evitaba prácticamente (Choisy 1978, 407). Esta misma función tienen las nervaduras de la cúpula de Torres del Río (figura 12), no siendo necesaria en este caso la cimbrada más que en las nervaduras, debido a que la ma-

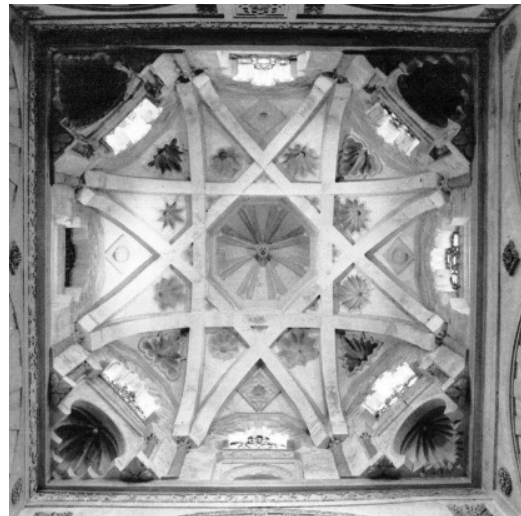


Figura 11
Bóveda de la capilla de Villaviciosa de la mezquita de Córdoba. (Hoag 1978)

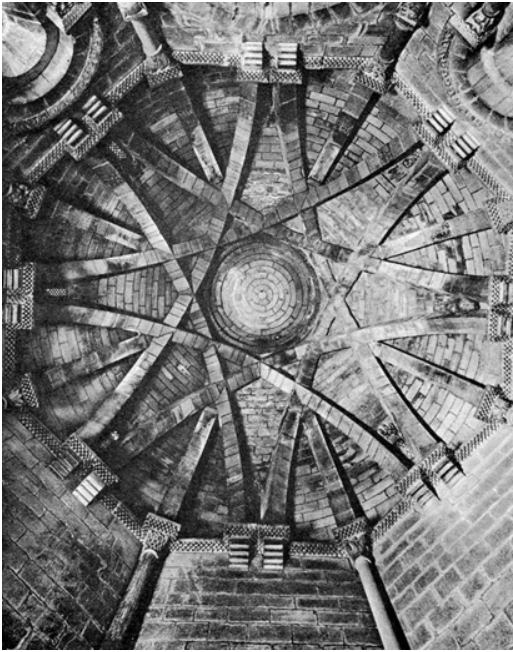


Figura 12
Iglesia de Torres del Río. Vista de la bóveda. (Uranga e Iñiguez 1973)

lla tan tupida de nervios facilita el montaje del cuerpo de la bóveda; así lo atestiguan las dovelas alargadas, algún de ellas colocadas entre nervio y nervio a modo de dintel.

Encima del cuerpo de la bóveda de lechos convergentes se coloca otra bóveda o relleno de mórtillos con hormigón, para formar las pendientes del tejado, realizado con lajas de piedra. En el mausoleo de Diocleciano con distintos materiales, la cúpula interna es de ladrillo y la exterior de hormigón ligero, ya se había utilizado esta técnica innovadora respecto a las bóvedas concretas romanas. (García y Bellido 1972, 636)

El muro

La iglesia de Torres del Río presenta muros románicos de tres hojas de aproximadamente 1,20 m de espesor, de sillares aparejados y cogidos con mortero en los paramentos, y núcleo de mórtillos con hormigón. Violet-le-Duc dice del muro medieval: «es un

término medio entre la construcción romana de gran aparejo y la de masas revestidas de ladrillos o mampostería» (Violet-le Duc 1858, 50).

El buen comportamiento de este muro consiste en que no se produzcan asentamientos desiguales entre el cuerpo del macizo y el revestimiento; y por lo tanto aparezca desligado en toda su altura, debido a la falta de trabazón entre las tres capas y a una mayor retracción del núcleo con hormigón respecto a los paramentos. Para evitar estos problemas, debe darse en la medida de lo posible, idéntica altura de hilada a los mórtillos del macizo y a los sillares del paramento; así mismo separar las hiladas de los sillares con gruesas juntas de mortero de cal grasa, a fin de que estas establezcan una unión entre el macizo interior y los paramentos, adquiriendo consistencia lentamente mientras las construcciones tienen tiempo de asentarse y sufrir deformaciones, sin ocasionar rupturas en la obra. El aparejo de los muros no ofrece la regularidad de los antiguos; se coloca la piedra con el espesor natural de cantera, no respetándose una regularidad de altura entre lechos, ni tampoco de recortes en las juntas verticales, que acarrearán desperdicios. Tampoco existen piezas acodilladas por ser costosas y fácil de romperse. (Violet-le Duc 1858, 4–51; Paricio 1983, 42–45)

Aunque la construcción de los muros de la Iglesia de Torres del Río son medievales, y compositivamente el exterior refleja esta condición en la abertura de huecos en la parte superior, así como en los arcos ciegos apuntados de descarga y columnillas en las esquinas del octógono, que también existen en el interior; la concepción total del muro todavía es romana. Si comparamos las secciones de Torres del Río y del Panteón de Roma (figura 13); observaremos que tienen como macizo de estribo de la cúpula todo el tambor que la soporta, independientemente de los vacíos creados en el Panteón, no aparecen exteriormente contrafuertes para sostener los empujes de la cúpula. Contrafuertes que en el Ninfeo de los Horti Liciniani ya preludian el concepto medieval de liberar el muro para vanos, con nichos bajos y ventanales altos.

Las cúpulas en ambos casos, aunque la técnica constructiva sea distinta, no parten de la línea de imposta inferior, sino algo más arriba al continuar el muro exteriormente a modo de espolón, de forma que la semiesfera visible desde el interior no es la verdadera bóveda sino más reducida. Este espolón tendrá la misión de conducir las líneas de descenso de las car-

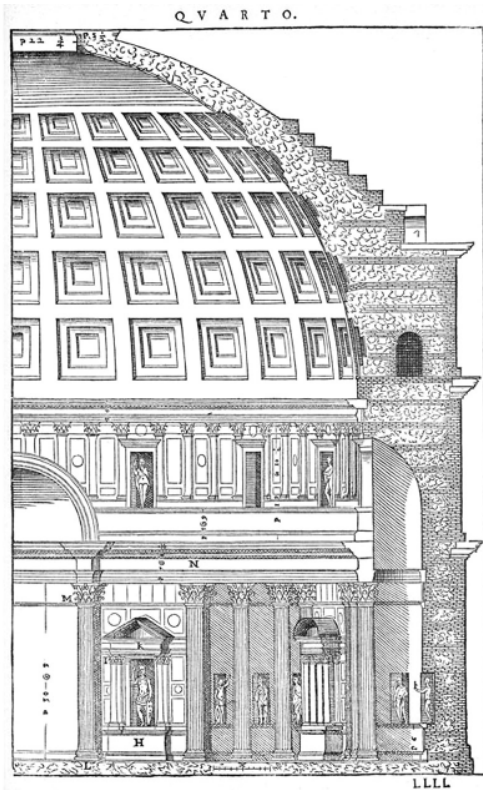


Figura 13
Panteón. Sección vertical. (Palladio 1570)

gas dentro del macizo del muro. Idéntica sección presenta el Mausoleo de Diocleciano en Spalato.

La apertura del ábside mediante un arco apuntado (figura 14), al mismo nivel que los arcos ciegos exteriores que descargan visualmente el muro, establece una coherencia compositiva entre el interior y el exterior, entendiéndola como intervención en el muro puramente románica. Como consecuencia de esta apertura aparecen unos pequeños contrafuertes en la unión del ábside y el octógono.

Los muros de la linterna apoyan sobre el octógono formado por las nervaduras de la estructura reticulada, de forma que el descenso de cargas se realiza en la dirección de los lechos convergentes del cuerpo de la cúpula y en las direcciones de las nervaduras, que apoyan en los puntos intermedios de los lados del octógono. Esta disposición musulmana de apoyo de las nervaduras en el muro, evidencia que hubo un cam-

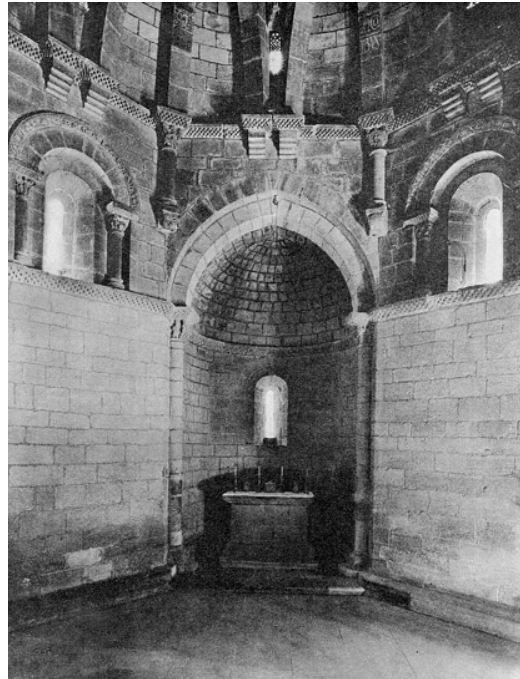


Figura 14
Iglesia de Torres del Río. Vista hacia el ábside. (Uranga e Iñiguez 1973)

bio de planteamiento en la construcción de la iglesia; la composición interior del muro en dos cuerpos con columnas de las cuales arrancarían nervios como los de Nuestra Señora de Eunate, o bien los pareados de una cúpula estrellada como la existente, dejarían libre la plementería para la apertura de huecos en el lugar donde fueron dispuestos exteriormente.

La adopción de una cúpula estrellada de nervios apareados planteaba compositivamente problemas de liviandad, característica propia de estas bóvedas musulmanas, de forma que, para que este conjunto no fuera un tanto aplastante, se gira la disposición de los nervios, apoyándolos en los puntos intermedios de los lados del muro, coincidiendo con las ventanas exteriores y debiendo corregir el hueco de las mismas interiormente al espacio de confluencia de los nervios. Por último, y para no dejar las columnas sin continuidad, como en un principio estaba pensado, coloca unos nervios de menor canto encima de los capiteles, a modo de jabalcón de la estructura nervada principal. Como consecuencia del apoyo de los

nervios en los puntos intermedios, aparecen unos puntos débiles encima del arco del ábside y de las ventanas contiguas, con grietas que demuestran la existencia de esta carga puntual.

Las columnas de los paramentos interiores y de las ventanas son elementos verticales de piedra de una sola pieza, que no tienen su altura limitada por el lecho de cantera como las hiladas, sino que son cortadas horizontalmente dentro de este lecho y colocadas verticalmente en obra. La escasez de juntas los convierte en elementos rígidos, que asumen cargas superiores, a las que reciben los elementos adyacentes con juntas frecuentes y por lo tanto con amplias retracciones. (Paricio 1983, 44). Las nervaduras jabalconadas también trabajan e hicieron en su día que las columnas interiores colapsaran, debiendo ser repuestas en la restauración de los años 60.

Los arcos ojivales presentan sus lechos normales al intradós, lo cual presenta la ventaja de desarrollar un empuje menor, pero a la vez permitiría cortar todas las dovelas sobre una plantilla uniforme; en Torres del Río, al igual que en el aparejo de los muros, las dovelas son de distinto tamaño. Las nervaduras de la cúpula y el arco del ábside terminan la ojiva mediante un plano de lecho vertical; los arcos ciegos exteriores, que no tienen una función estructural tan clara, presentan terminaciones irregulares con piezas claves de ángulos entrantes.

CONCLUSIONES

Compositivamente la iglesia de Torres del Río se asemeja al Panteón: interiormente dos cuerpos decrecientes en altura guardan relación compositiva entre ellos, sobre los cuales se superpone la semiesfera de la cúpula, con casetones en un caso y nervios en el otro, que no mantienen un acuerdo claro con la ordenación inferior. También encontramos esta disposición en el Mausoleo de Diocleciano, con una referencia más clara en cuanto a la disposición de las columnas en los ángulos del octógono, las cuales aquí no tienen otro fin que el ornamento del muro.

Exteriormente la iglesia tiene tres cuerpos, los inferiores en correspondencia con el interior, idéntica combinación tiene el Panteón, y en ambos casos el

exterior guarda una relación compositiva en toda su altura. En Roma la arquitectura es un arte mixto donde la bóveda y el muro se cualifican, se ornamentan con detalles tomados de la arquitectura griega; así el Panteón según dibujos de Palladio tenía exteriormente órdenes superpuestos al muro y separados por cornisas. En la época románica al intentar liberar al muro mediante arcos y columnitas, a modo de soportes individuales, van implícitos los elementos de composición, que en Torres del Río se ayudan de cornisas a la manera clásica, para plantear la composición del prisma octogonal igual que en el Panteón; es decir: exteriormente tres cuerpos de muros e interiormente dos y cúpula.

LISTA DE REFERENCIAS

- Choisy, Auguste. [1899] 1978. *Historia de la Arquitectura*. Buenos Aires: Editorial Victor Leru.
- Fischer von Erlach, Johann Bernhard. [1721] 1978. *Entwurf einer historischen Architektur*. Dortmund: Druckerei Hitzegrad.
- García y Bellido, Antonio. 1972. *Arte Romano*. Madrid: C.S.I.C.
- García Gainza, M. C.; Heredia, M. C.; Orbe, M. y Rivas, J. 1983. *Catálogo monumental de Navarra. Vol. 2.I, Merindad de Estella*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Hoag, John D. 1978. *Architettura Islamica*. Milano: Electa Editrice.
- Krautheimer, Richard. [1965] 1984. *Arquitectura Paleocristiana y Bizantina*. Madrid: Ediciones Catedra.
- Martínez de Aguirre, J. y Gil Cornet, L. 2004. *Torres del Río. Iglesia del Santo Sepulcro*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Palladio, Andrea. [1570] 1980. *I Quattro Libri dell'Architettura*. Milano: Hoepli Editori.
- Paricio Ansuategui, Ignacio. 1983. *La construcción de l'arquitectura. Les tècniques*. Barcelona: I.T.E.C.
- Ramírez, Juan Antonio. 1981. *Arquitectura y Utopía*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Torres Balbas, Leopoldo. 1949. *Ars Hispaniae. Vol. IV: Arte Almohade, Arte Nazarí, Arte Mudéjar*. Madrid: Editorial Plus Ultra.
- Uranga Galdiano J. E. e Iñiguez Almech, F. 1973. *Arte Medieval Navarro. Vol. II, Arte Románico*. Pamplona: Editorial Aranzadi.
- Violet-le-Duc, Eugène. 1858. *Dictionnaire raisonné de l'architecture*. Paris: Ed. B. Bance.